

Dios basta para tranquilizar el corazón del hombre, y para que éste no tema ni recele mientras no se aparte del sendero que le trazan el deber y la virtud: de consiguiente, seamos temerosos de Dios y nos veremos libres de toda inquietud, de todo temor y de toda desconfianza. S. Gregorio nos inculca también esta saludable máxima, diciendo: que el corazón humano desprecia tanto más el temor de las cosas terrenas, cuanto más se acostumbra á temer al Altísimo: *Mens nostra tanto valentius terrores rerum temporalium despiciit, quanto se auctori earumdem veracius per formidinem subdit* (LIB. V, MORAL. c. 15). El que teme de veras á Dios, perdería gustoso los bienes, la honra y la vida antes que ofenderle; procura observar con la mayor fidelidad sus mandamientos, y busca constantemente el modo de complacerle y agradarle en todas las cosas. Mostraos, pues, vosotros temerosos de Dios, y estad seguros de que ningún otro temor os avasallará. Cuando llegue la ocasión, el corazón de tímido cordero se convertirá en generoso corazón de león. Amonestareis, reprenderéis, y hasta castigareis discretamente, según lo exijan los deberes de vuestro estado. Siendo el temor de Dios la regla de todas vuestras acciones, no seréis pusilánimes, ni temereis cosa alguna; y aún en la presente vida gozareis una beatitud anticipada y una verdadera felicidad, según la sentencia del Espíritu Santo: *Qui timet Dominum, nihil trepidabit, et non pavebit... timentis Dominum beata est anima ejus* (ECCLE. XXXIV, 16 ET SEQ.).

Véase: **ESCRÚPULOS.**

RACIONALISMO; véase: **RELIGION.**

RAZON (*Para qué se nos ha dado*); véase: **RELIGION.**

RECAIDAS; véase: **REINCIDENCIA** y **PERSEVERANCIA.**

RECOMPENSAS.

(EL JUSTO, EN ALGUN MODO RECOMPENSADO AÚN EN ESTA VIDA, Y CASTIGADO EL PECADOR.)

Homo quidam erat dives, qui epulabatur quotidie splendide. Et erat quidam mendicus, sapiens saturari de micis, quae cadebant de mensa divitis, et nemo illi dabat.

Hubo cierto hombre rico, que tenía cada día espléndidos banquetes. Al mismo tiempo vivió un mendigo, que deseaba saciarse con las migajas que caían de la mesa del rico: mas nadie se las daba.

(LUC. XVI, 49.)

El ignorante que, deteniéndose en la superficie exterior de las personas y cosas que le rodean, no pasa á reconocer el interior, se expone á formar unos juicios muy equivocados de ellas. Deslumbrado por el brillante resplandor del oropel, suele compararle á un precio muy subido, como si fuera oro verdadero. ¡Qué delicioso punto de vista presentan las campanillas formadas por el agua! ¡Qué colores tan vivos y variados ostentan los globulitos que los muchachos hacen con el agua y el jabón! Mas examinándolos de cerca, al punto conocemos su insignificante mérito; y si llegamos á tocarlos, en el momento desaparecen, dándonos á conocer que no eran otra cosa que un poquito de aire, nada. Si un necio acierta á pasar por el punto en que otro ha perdido una piedra preciosa, y la ve, la desprecia teniéndola por un pedazo de cristal, y como el bruto de la fábula, la pisa, la entierra en el lodo como cosa inútil. Uno, dejado llevar de la dulzura de la miel, la gusta con ansia, sin advertir que está envuelto en ella un veneno mortífero; otro fastidiado del amargo de la quina, la desecha, no obstante ser el remedio más eficaz, el único para conservar la salud y tal vez la vida.

Esta es la pintura más exacta del vicio y de la virtud. El mundo ignorante, que ve retratada en el semblante del pecador una excesiva alegría y en el del justo una mortal tristeza; que observa á aquel festivo, risueño, complaciente, erguido, robusto, y á éste triste, lán-

guido, macilento, extenuado; que encuentra á aquél en medio de los placeres, en las concurrencias, en los espectáculos, en los paseos, y á éste solo, retirado de la sociedad, cerrados sus ojos á cuantos objetos le ofrece el mundo seductor, privado hasta de las más inocentes diversiones, entregado siempre á la oración, á la práctica de una rigurosa penitencia, de unas austeras mortificaciones; que solo ve, en una palabra, lo que agrada y atrae en el vicio, y lo que presenta de molesto y repugnante la virtud, se resuelve por aquél sin vacilar un momento. Y si tal vez se detiene á reflexionar, es solo con el fin de que sea más glorioso el triunfo del vicio sobre la virtud. Comparemos, dice, á un Baltasar con un Job, un rico con un Lázaro... Ah! es necesario estar ciego para no conocer, que los primeros disfrutaban en este mundo la más completa felicidad, y los segundos eran esclavos de la miseria más extremada. Tales son los juicios y el lenguaje del mundo.

Y ¿cómo es posible que los hombres se decidieran por el partido del vicio, si no hallaran en él algun deleite, alguna satisfacción, algun interés temporal; y que, por el contrario, huyeran de la virtud, siendo tan conforme á su naturaleza, si no vieran como inseparable de su ejercicio una multitud de molestias, de privaciones, de disgustos? Si al través de los placeres descubrieran las penas, la inquietud que lleva en pos de sí la culpa, y por entre lo austero de la virtud traslucieran la suma suavidad, las inefables dulzuras que derrama en el alma del justo, no podrían ménos de cambiar de dictámen; pero como, por una parte, se fijan en el exterior de estos dos contrarios, y por otra ven que los Libros santos, los Padres de la Iglesia y los doctores católicos enseñan de acuerdo, que el premio de la virtud y el castigo del crimen están reservados para otra vida, se niegan á creer que aún en esta pueda ser feliz el justo y desgraciado el pecador.

Este error es precisamente el que trato de desvanecer, demostrando al efecto, que los justos, que padecen, son felices en medio de sus padecimientos; y los pecadores son desdichados en el colmo de sus placeres. Pidamos los auxilios de la gracia : A. M.

1. Habiendo ántes indicado, que lo que induce al hombre á despreciar el ejercicio de la virtud y entregarse al del crimen, es el fijarse en el exámen exterior de uno y otro, quiero que conozcáis los errores á que semejante imprudencia le conduce, haciéndoos notar despacio lo que opina acerca de los bienes temporales. Ve á los grandes rodeados de una multitud de viles esclavos, ocupados en es-

tudiar sus infames pasiones, para lisonjearlas y prodigarles el incienso de las más humillantes adulaciones: los ve entregarse con entera libertad á todos los placeres y diversiones, gozar todos los regalos y comodidades sin otra regla ni medida que su deseo, sin que nadie se atreva á contradecirles, porque la menor indicacion se consideraria como un atentado contra la excelsa dignidad de su persona; y concluye de aquí, que la grandeza es uno de los mayores bienes que pueden disfrutarse en la tierra, dando fomento en su corazón á la soberbia. Ve que los mismos ó acaso mayores beneficios gozan los ricos; que no hay cosa que no consigan, ni dificultad que no superen las riquezas; que si se desean palacios magníficos, briosos caballos, casas de campo, carrozas, trenes espléndidos, todo está á disposicion del que tiene dinero; que si necesita criados, luego se le presentan los de mayor habilidad; que si se halla enfermo, al punto se hace venir á los más acreditados facultativos, quienes apresuran el viaje para llegar lo más pronto posible, á pesar de hallarse á mucha distancia; que si quiere regalados manjares, no hay pez en el agua, ave en el aire, carnes y frutas en la tierra, que no se presenten á saciar su apetito, su immoderada gula. El mundo entero con todos sus bienes y delicias está obediente á la voz del oro, dicen los mundanos: no hay bien comparable á las riquezas; y hablando de este modo, desean y llaman para sí la vil codicia. Ve los placeres que rodean siempre al hombre carnal, el gusto que toma en las diversiones, aunque sean indecentes, en las conversaciones amorosas, en las canciones lascivas, en el trato familiar con las principales bellezas; cuán satisfecho está de sí mismo al ver correspondido su amor profano; cuánto placer disfruta en presencia de su querida, á quien acompaña en casa, en el paseo, en el baile, en todas partes; ve el gran deleite que resulta del tacto impuro, de la mirada lasciva, del vil adulterio, del estupro vergonzoso, y dice: nadie puede ser feliz sin gozar los placeres de la sensualidad; y con sola esta expresion se atrae el corazon de los deshonestos.

El humo de la gloria mundana, las conveniencias del opulento, el deleite del sensual es lo que ciega á los mundanos, porque no ven más que el exterior de sus objetos. Aquella satisfaccion de que se colma el corazón del vengativo, cuando ha tomado una completa venganza, la alegría de ver humillado á su enemigo, el regocijo que le ocasiona el feliz éxito de un litigio, tal vez injusto, el orgullo de que todos le consideren como hombre de prestigio, aún entre los magistrados, por cuya razon nadie se atreve á contradecirle ni á reclamar, aunque agobie á sus semejantes con todo género de injusticias;

la satisfacción de poder decir: nadie como yo; todos se humillan en mi presencia é inclinan la cabeza con el mayor respeto, es una gloria sin igual. El regocijo de un hombre, á quien favorece la fortuna aumentando su hacienda, proporcionándole cosechas abundantes, dejándolo airoso en todas sus empresas; tomólo de aquí ocasión, para suponer que de nadie necesita, cuando de él necesitan todos; que ni los potentados de la tierra, ni el mismo monarca le igualan en comodidades y conveniencias, porque á las que éstos disfrutan reúne él la independencia de toda dominación y la libertad de los pesados cargos del gobierno; ni teme al hielo, ni al agua, ni al pedrisco, ni á una quiebra en sus intereses, porque ésta sería una desgracia de poco momento, pudiendo repararla con los abundantes tesoros que encierran sus arcas. ¿Cómo es posible hallar semejante felicidad sobre la tierra? Un impío Baltasar, señor de un dilatado imperio, rodeado de toda la grandeza de la corte, en medio de los aplausos y adulaciones de sus súbditos y compañeros, habitador de un suntuoso palacio, sentado á una mesa, cubierta de los más exquisitos manjares, de los vinos más generosos, servidos en los vasos de plata y oro que Salomon había mandado fabricar para el servicio y ornamento de su templo; acompañado de las damas más hermosas, más ricas y profanamente vestidas y dispuestas á complacerle, aún en sus más injustos y detestables caprichos; en medio de un coro inmenso de músicos, cuyos acentos armoniosos no tienen más regla que su voluntad; sin enemigos que le inquieten, sin peligros que le asusten, sin sediciones que turben su reposo... hé aquí el más perfecto modelo de la felicidad mundana; este es el compendio de cuantos bienes puede gozar el hombre sobre la tierra: esta es la pintura que el mundo hace del pecador.

Y ¿cuál es la suerte del justo? Siempre menospreciado, abatido, hollado de todos, hecho el objeto de la irrisión y mofa de los atrevidos, retirado del mundo, enemigo de los placeres, opuesto á toda diversion; siempre triste, macilento siempre, siempre convertido en un esqueleto, sin ojos más que para llorar, sin boca más que para pedir el perdón de sus culpas, sin manos más que para atormentarse, sin vida más que para padecer; un hombre sin honor, que jamás vuelve por su causa, aunque reciba mil ultrajes; sin libertad, que en todo cree ofender á Dios; sin carne ni sangre, que despedaza la una y derrama la otra con la disciplina y el cilicio; semejante á un Hilarion, habitando en el monte como los brutos salvajes y como si no hubiera nacido para la sociedad, enterrado vivo en el cóncavo de una peña sin más compañía que las fieras, sin otro alimento que las

frutas silvestres, sin más bebida que el agua, siempre mortificándose, siempre llorando, siempre lleno de inquietudes y sobresaltos, sin olvidar jamás el juicio que le espera; semejante á un Gerónimo, que figurándosele insignificantes las penitencias ordinarias que sufría desnudo en el desierto, como que se propone abrirse el pecho en fuerza de los golpes que se daba con una piedra; semejante á un Pedro de Alcántara, envuelto en un tosco saco, huyendo de las comodidades que hubiera podido disfrutar en el palacio del emperador Carlos V, seco en fuerza de tan continuado ayuno, armado á todas horas de la disciplina, rodeado del cilicio, enemigo del sueño, del descanso y hasta de sí mismo, pues por una especie de barbarie se obligó á no dar jamás á su cuerpo el menor gusto que le pidiera; semejante á Job, privado repentinamente de todos sus ganados, de sus casas, de toda su hacienda, de todos sus hijos, reducido á la última miseria; desnudo, sin cama en que reclinarse, cubierto de asquerosas y crueles llagas, lleno de gusanos, sin otra medicina que una teja para raerlos; despreciado de sus criados, abandonado de algunos de sus amigos, insultado de los otros, mofado de su mujer; fastidiado de su vida, abrumado de pesares, de tormentos, de todas las desgracias, destituido de todo humano socorro; semejante al mendigo del Evangelio, cubierto de úlceras extremadamente fétidas, sin más médicos que los perros que iban á lamerlas, aquejado de una hambre cruel que le hacía desear con viva ansia las migajas que caían de la mesa del rico...; este es el retrato del justo: tal es la pintura que hace el mundo de la virtud y santidad.

Si; el mundo, que ciego con sus glorias, cierra sus ojos á la impresión de los verdaderos bienes; el mundo insensato, incapaz de conocer los verdaderos bienes del espíritu; el mundo carnal y grosero, á cuya débil penetración se oculta lo que pasa en el interior del hombre; así opina, y quiere á toda costa que opinemos como él. Mas á pesar suyo, á pesar de las contrarias apariencias con que pretende alucinarnos, y de las bellas exterioridades que nos presenta para perdernos, el justo es verdaderamente feliz y el pecador verdaderamente desdichado aún en esta vida. Aquél goza una paz envidiable, una alegría sólida, unas delicias indecibles; éste lleva dentro de sí mismo un enemigo que le persigue, un verdugo que le atormenta, un tirano que le martiriza. No me detendré á manifestaros, que ni todos los pecadores se ven tan favorecidos de la fortuna, ni todos los justos tan perseguidos de la desgracia, como se quiere ponderar. Tampoco hablaré de los punzantes cuidados inherentes por lo regular á la grandeza y al poder, ni de la poca seguridad de los bienes de la

tierra, del trabajo con que se adquieren, de la inquietud con que se consuevan, del dolor que ocasiona su pérdida. Si en otra ocasión os ofrecí estos desengaños, como filósofo cristiano, ahora os digo, como ministro del Evangelio, que no pareis la consideración en lo que se ve por defuera, sino que exerdinéis el interior; que tratéis de examinar el testimonio de la conciencia de cada uno, para que podáis ver la dulce serenidad del justo y la inquietud y turbación del pecador; cuán suavizadas y almiradas, por decirlo así, están las penalidades de aquél, y rociadas de cruel amargura los criminales gustos de éste; que no hay delicia comparable con el ejercicio de la virtud ni tormento más agudo que el remordimiento, consecuencia necesaria del pecado.

Al modo que (es reflexión de S. Agustín); al modo que un hombre, fatigado del trabajo de todo el día é inquieto con la idea de una injuria grave que ha recibido, vuelve á casa por la noche, y salen á su encuentro á la puerta su amable consorte con sus hijos, hermosos todos, llenos de alegría y regocijo, que ufanos le abrazan, le prodigan tiernas caricias y le suplican que entre á gozar el descanso que desea, y á tomar el regalo que le tienen dispuesto, lo que le hace olvidar absolutamente sus pesares y cansancio; así el justo, cuando acosado de persecuciones, de pesares y tormentos, se retira al interior de su alma, le sale al encuentro su conciencia, y como una esposa llena de atractivos y rebosando alegría en su semblante, le estrecha con ternura en su seno y le dice amorosa: alégrate, amigo mio, que vas á recibir el premio de tu sufrimiento; ya te tengo preparado un descanso, una paz, unos regalos deliciosos: ven, amado mio, ven: entra en el jardín de las delicias, y coge aún en esta vida miserable el premio debido á tus virtudes.

Entra con efecto el justo en el interior de su alma y descubre... ¡Infeliz de mí, en qué empeño me he comprometido! Mártires gloriosos de Jesucristo, vanid, ocupad este lugar y decidme: ¿qué os manifestaba vuestra conciencia, cuando con tanto ahínco solicitabais los tormentos y los sufríais con tan indecible alegría? Apóstol santo, ¿qué era lo que te llenaba de consuelo en las vigiliás, en las cárceles, en los trabajos? Ilustres Marco y Marceliano, explicadnos el gozo que experimentabais clavados juntos en un madero. ¡Pobrecito Lázaro! dínos la satisfacción que te resultaba de tus dolores y miseria. Jamás, responden, jamás hemos gozado un placer tan puro, un gozo tan consumado, un banquete tan delicioso y amable.

Así es; nada en el mundo puede compararse con la tranquilidad de una buena conciencia. Ella, dice S. Agustín, arroja el gusano que

molesta en el exterior, no deja sentir las prisiones, las cárceles, la amargura, ningún género de trabajo. *O felix conscientia puritas!* tú conviertes al alma en un paraíso de delicias, donde está plantado el árbol de la vida y de la sabiduría celestial; tú la haces el tá-lamo, la esposa del mismo Dios, el palacio de Jesús, la morada del Espíritu santo. *O felix sanctæ conscientie jucunditas!* tú haces ver al alma que ella es el lecho feliz, en que descansa y se recrea con su amada esposa el Esposo celestial. Los varones contemplativos se arrebatan de tal modo al querer ponderar la felicidad inmensa que disfruta el justo, que sus palabras más bien parecen despropósitos que razones verdaderas; por lo mismo me abstengo yo de manifestar mis sentimientos en esta parte. Solo diré de paso, que el testimonio de la buena conciencia persuade eficazmente al alma de que todo un Dios es ya suyo; que posee todas las riquezas, el poder, la sabiduría, la salud, la santa amistad, las virtudes, la gloria de Dios; que Dios, como un esposo ciegamente enamorado, la regala, la acaricia, le dá el ósculo suavísimo de su dulce paz, la embriaga en el torrente infinito de sus inmensas delicias. En la tierra, dicen Orígenes y san Agustín, con el Apóstol; en la tierra están ya sentados los justos cerca del trono de la Divinidad, gozando plenamente sus inmortales delicias. Esta gloria, esta felicidad es la que llena de regocijo á los mártires en sus tormentos, á los anacoretas en su retiro, á los confesores en su pobreza, á los penitentes en sus trabajos.

Elevaos, almas justas; pisad esa tierra vil que oprime con su peso al pecador. Venid, bebed, embriagaos con el vino dulcísimo con que os brinda vuestro Dios en pago de vuestra fidelidad. Sabed, pues lo asegura él mismo por el Apóstol (Rom c. viii, 53), que ni el hambre, ni la sed, ni la enfermedad, ni la persecución, ni la pobreza... nada es capaz de robaros vuestro tesoro, ni de alterar en lo más mínimo vuestra quietud ó turbar vuestro reposo. Insultad con el P. san Basilio á los mundanos, que os menosprecian y dan en rostro con vuestros trabajos; decidles que todas las glorias del mundo son nada; que todos los tesoros de la tierra son estiércol; que todos los deleites del sentido son tormentos amarguísimos en comparación de vuestra gloria, de vuestros tesoros y de vuestros placeres: *O felix conscientia securitas!* Vosotras habeis servido á vuestro Dios, vosotras habeis agradado á vuestro Dios, vosotras sois amigas íntimas de vuestro Dios, vosotras sois amadas esposas de vuestro Dios. Soberbios del mundo, ricos de la tierra, amadores de los deleites, á todos os desafío. Decidme; ¿cuándo alguno de vosotros, ni todos juntos, habeis disfrutado una satisfacción semejante? ¿cuándo habeis experimentado

una alegría tan verdadera? cuándo habéis poseído unos bienes tan sólidos? cuándo habéis gozado una felicidad tan completa? ¡Misera- bles! avergonzaos de vuestra insensatez. De vosotros habla el Espí- ritu santo, cuando dice: (I. Cor. c. ii, 14), que *el hombre animal no es capaz de conocer los bienes espirituales con que regala Dios á sus amigos*. Huid llenos de confusion, retiraos cubiertos de igno- minia á presencia de un justo solo. ¿De qué os sirve decir, poseídos de un henchido orgullo: *similis ero Altissimo*; que no tenéis igual sobre la tierra, cebando vuestros ojos hidrópicos en la abundancia del dinero; apropiándoos las palabras del Avariento (Luc. c. xu, 19): *alégrate, alma mía, que ya nada puede faltarte*; ó las de Salo- mon, que *no hay gusto que no hayáis tenido, ni placer que no hayáis probado*? Cuanto más presentes estén á vuestra memoria, tanto más cruelmente os atormentará vuestra conciencia.

2. A los pecadores les sucede, continúa san Agustín, lo que á un hombre rendido en fuerza del trabajo de todo el día, maltratado de unos, injuriado de otros, habiendo perdido aquí los mil y allá los dos mil, casi desesperado se vuelve á su casa, donde creyendo hallar algún reposo, no halla sino mayores inquietudes y disgustos, porque la ve súa, asquerosa; y su mujer, sin haberle preparado alimento, cama ni comodidad alguna, sale á recibirle hecha una sierpe, prorumpiendo en gritos furiosos, en imprecaciones horribles, y amenazando su vida con una espada que empuña como desesperada. Este sí que es el retrato perfecto del pecador. Perdiendo la pa- ciencia, la caridad, la templanza, todas las virtudes, apenas acaba de gustar aquel deleite momentáneo, aparente, aquella sombra de placer, cuando tiene su conciencia manchada, asquerosa, fétida, desesperada y armada de un agudo puñal con que le atraviesa sin cesar el corazón, diciéndole: ¿qué has hecho, traidor? Has pecado, has perdido tu Dios, te has declarado enemigo suyo... ¿Dónde se han ido aquellos bienes que te prometían tus fingidos amigos con el solo objeto de perderte? ¿No ves cómo ahora te desamparan, te abandonan en tu desgracia? ¿qué nada hacen por sacarte del profundo abismo en que te has sumergido? por librarte de los crueles tormentos que padeces? ¡Infeliz! te has declarado enemigo de un Dios, que tiene en su mano la vida y la muerte, la salud y la enfermedad, la riqueza y la miseria, la gloria y el infierno. ¡Desventurado! te has rebelado contra un Dios justo, que sabe mandar á la tierra que se abra y tra- gue á los pecadores como tú; contra un Dios, que sabe enviar fuego del cielo y devorar á los rebeldes como tú; contra un Dios, que sabe disparar rayos abrasadores, que en un solo momento convierten en

pavésas los hombres desalmados como tú; contra un Dios, que sabe inundar al mundo entero para sumergir á los hombres crueles como tú.

En vano se fatiga el miserable pecador en sofocar estos crueles re- mordimientos; su conciencia le sigue á todas partes sin dejar de acusarle. Si busca nuevos desalagos á sus pasiones, en ellos mismos le presenta el más horrible precipicio. ¿Quiere complacerse en su grandeza? Luego le manifiesta á Lucifer, arrojado de lo más alto de los cielos á lo más profundo del abismo. ¿Se ocupa en sus comodida- des? Al punto le recuerda un Baltasar, muerto repentina y desastrosa- mente en la noche de su tan ponderada cena. ¿Trata de recrearse á vista de sus riquezas? En el mismo momento le trae á la memoria la desgracia de Ananias y Safira, por haber ocultado la mitad de su propia hacienda. ¿Va á entregarse de nuevo á sus criminales place- res? Le hace ver la multitud de desdichados, cuya vida terminó en el acto mismo de su pecado. No hay consuelo para el infeliz pecador: acosado en todas partes de tan crueles remordimientos, siempre le parece ver desnuda y pendiente sobre su cuello la vengadora espada de la justicia divina. Un ligero dolor de cabeza se pinta en su imagi- nación como el principio de una enfermedad mortal; la muerte de un pariente, de un amigo, le parece ser el pronóstico de la suya, to- das las tempestades cree venir dirigidas contra su vida, y al estampido del trueno le parece ver encendido el rayo que baja sobre su ca- beza. No halla sosiego ni descanso, porque le es imposible apartarse del cruel verdugo de su conciencia. No hay, dice san Próspero, va- liéndose de las palabras de san Agustín, no hay en el mundo cosa que dé mayor tormento que la conciencia del pecador. Verifícase la profecía de Moisés, de que el pecador experimenta los efectos de la maldición de Dios en casa y fuera de ella, en el pueblo y en el cam- po, en la prosperidad y en la desgracia, en las obras, en las palabras, en los pensamientos, en los deseos. Cuando Judas se proponía gozar el fruto de su codicia, se halla fieramente acometido de su criminal conciencia, que le llena de turbacion, le inquieta, le agita, le conde- ce á la desesperacion, pone en sus manos el lazo para acabar con una vida, mil veces más amarga ó insufrible que la muerte á que le con- duce. Job, por el contrario, en medio de su aflicción, Daniel entre las garras de los leones, Isaías aserrado, los niños de Babilonia in- troducidos en el horno, Pedro en la cruz, Andrés en el aspa, Estéban en medio de las piedras, rebosan de placer y de júbilo, se consideran inundados de delicias y completamente felices, viendo que se atraen por estos medios las bendiciones del cielo. El Salvador, despues de

haber recibido cuantas injurias y tormentos eran capaces de discurrir las potestades infernales, abandonado de sus propios discípulos y amigos, clavado en la cruz, sin socorro ni alivio humano, gozaba á torrentes las inmensas delicias de la gloria. Entre todos los bienaventurados, aún de los más elevados serafines, no hay ni puede haber uno siquiera tan completamente feliz, como lo era el alma bendita de nuestro Salvador, al mismo tiempo que su cuerpo sufría tan horrosos tormentos. Pero ¡oh desgracia! los hombres carnales ven su pasión, no su gloria: observan sus trabajos, no su felicidad; conocen sus tormentos, no sus delicias. No es sensible para ellos perder el bien infinito é incomprensible, y se desesperan y prorumpen en blasfemias contra el cielo, con solo ver en peligro la salud, las comodidades, los bienes mezquinos del cuerpo. Como jamás han gustado las dulzuras ni experimentado la tranquilidad, que el bien verdadero produce en el alma del justo, no advierten su falta. Se acojonan, se dejan dominar por el furor á vista de las tribulaciones que en el día los persiguen, y no acaban de persuadirse á que sus pecados son la causa: se resisten á creer que en estas y otras mas lamentables circunstancias el justo no se altera ni se asusta, ántes bien goza la alegría, la felicidad, la gloria compatible con el estado de peregrinación en que vive.

Abrid, Señor, los ojos de nuestra alma, para poder persuadirnos de una verdad tan interesante. Haced que resuenen sin cesar en nuestros oídos aquellas palabras de tanto consuelo que dirigiais en otro tiempo á los apóstoles (MATTH. c. XIX, 29): *si dejatis por mi amor los bienes aparentes de la tierra, recibiréis ciento por cada uno, aún en esta vida*; premio que, según san Gerónimo, consiste en los bienes del espíritu, en las delicias del alma, en la tranquilidad de conciencia; bienes infinitamente más grandes, más dulces, más apetecibles que los del cuerpo. ¿Qué extraño es, cristianos, que corraís tras la sombra de felicidad con que os alucina el mundo, os ciega el demonio, os engaña la carne, si no habeis gustado aquellas celestiales dulzuras? ¿Qué extraño es que aún creais que Lázaro es infeliz y el Rico dichoso? Si quereis pues poder discurrir con acierto acerca de los bienes y males de esta vida, es necesario que una vez siquiera os pongais de parte de la virtud. Demasiado tiempo habeis gustado los placeres del vicio, y si continuais del mismo modo, no podreis ser imparciales. Desead al ménos participar de los que suponeis males intolerables en el justo; sujetaos á la mortificación; privad á vuestros sentidos del goce de esos falsos placeres; deponed la inclinación por ese lujo que arruina las familias; amad la pobreza de es-

píritu. Solo así os librareis de los tormentos que ahora sufre el Rico, y os hareis acreedores á las delicias que el mendigo Lázaro goza y gozará por una eternidad.

RECONCILIACION.

Si offers munus tuum ad altare, et tibi recordatus fueris quia frater tuus habet aliquid adversum te; vade prius reconciliari fratri tuo: et tunc veniens offers munus tuum.

Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti, vé primero á reconciliarte con tu hermano; y despues volverás á presentar tu ofrenda.

(MATTH. v. 23, 24.)

Ciertamente es notable la maravillosa dulzura que encierra la doctrina de nuestro Salvador Jesús; todas sus palabras respiran un sentimiento particular de humanidad; pero donde más se manifiesta el tierno amor con que mira á nuestra naturaleza, es en los diferentes preceptos que nos dá en su Evangelio, con el objeto de estrechar entre nosotros los lazos de la caridad... Veía con cuanto furor se arman los hombres contra sus semejantes; los odios feroces é implacables antipatías que dividen á los pueblos y á las naciones; que por estar separados de los otros por algún rio, ó por algunas montañas, parece que nos olvidamos de que somos de la misma naturaleza; lo cual suscita entre nosotros guerras y disensiones eternas, las cuales suelen ir acompañadas de horribles desolaciones y de una cruel efusión de sangre humana.

Para calmar estos instintos feroces, nos representa nuestro origen; procura despertar en nuestras almas ese sentimiento de tierna compasión hácia nuestros semejantes, que debemos á la naturaleza; nos dice que un hombre no puede ser extraño á los sufrimientos de otro hombre; y que si no hubiésemos dejado pervertirse á nuestras naturales inclinaciones, nunca pudiéramos llegar al punto de olvidarnos

que todos los hombres somos hermanos. «A los ojos de Dios, nos dice, no hay bárbaros, ni griegos, ni romanos, ni escitas (Colos. iii, 2);» y fortificando los sentimientos, hijos de la naturaleza, con las reflexiones más poderosas, nos hace saber á todos, que tenemos una ciudad comun en el cielo y una misma sociedad en la tierra, y que todos juntamente no formamos más que una nación, un solo pueblo; que debemos vivir en las mismas costumbres, segun el Evangelio, y obedecer al mismo monarca, á Dios; á un mismo legislador, á Jesucristo.

Las injurias que recibimos, hermanos míos, nos lastiman excesivamente: el dolor excita la cólera; la cólera impele á la venganza; el deseo de venganza dá pábulo á irreconciliables enemistades; de aquí las querellas y los procesos; de aquí las murmuraciones y las calumnias; de aquí las guerras y las batallas; de aquí, en fin, casi todas las desdichas que turban la vida humana. Para cortar de raíz tantos males, dice nuestro amoroso Salvador, quiero que ameís cordialmente á vuestros semejantes; es decir, que vuestra amistad sea tan firme, que ninguna injuria sea capaz de alterarla. Y si algun temerario ha roto la santa alianza que acabo de establecer entre vosotros, que deje el altar, para ir á reconciliarse con su hermano.»

¿Cómo, Señor, cómo habeis podido mandarnos abandonar el servicio de Dios, para cumplir con los deberes humanos? ¿Es decoroso dejar al Criador por la criatura? Esto parece singular, hermanos míos; pero así lo manda el Hijo de Dios. ¿No es esto enseñarnos, que delante de él no hay nada más precioso que la caridad y la paz; que su amor á los hombres es tan extraordinario, que no puede sufrir verlos enemistados; que Dios considera á la caridad como una parte de su culto; y que el presente más agradable á sus ojos es un corazón apacible y sin hiel, un alma santamente reconciliada? Ocupémosnos un poco, hermanos míos, de este importante precepto; nada nos interesa más; pero para hacerlo con fruto, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

4. Todos los fieles deben ofrecer presentes á Dios; pero ningún presente puede ser agradable á sus ojos, si no es ofrecido por la caridad fraternal: sin ella, nada se digna recibir, y por ella, todo lo acepta. La caridad es la mano que le presenta nuestras oraciones; y como esta mano es tan amada de Dios, todo lo que viene por otro conducto le es desagradable. Y para probarlo con razones á cual más poderosas, diré: que considero tres cosas en nuestras oraciones, las cuales no pueden existir sin caridad para con nuestros herma-

nos; el principio de nuestras oraciones; aquellos por quienes rogamos, aquel á quien se dirigen nuestras oraciones. En cuanto al principio de nuestras oraciones, ya sabeis, hermanos míos, que ellas no emanan de nosotros; las oraciones de los cristianos tienen un manantial más divino. ¿Qué podemos nosotros dar que nos pertenezca, más que mentira y pecado? El más peligroso efecto de nuestras enfermedades estriba, en que no sabemos reclamar como se debe el auxilio del médico. «No sabemos, dice el apóstol S. Pablo, cómo debemos pedir (Rom. viii, 26).» ¡Miserables! ¿quién nos sacará de este abismo de males, una vez que no sabemos implorar el socorro del Libertador? ¡Ah! exclama el Apóstol (Rom. viii, 26), «el Espíritu dá fuerzas á nuestra debilidad;» y; cómo? «rogando por nosotros, dice S. Pablo, con grandes gemidos.» ¡Cómo, hermanos! Ese Espíritu, llamado nuestro paráclito, es decir, nuestro consolador, ora dentro de nosotros; él inflama nuestras esperanzas; él nos inspira castos deseos; él formá en nuestros corazones esos piadosos y saludables gemidos que imploran para nosotros la caridad divina. Esta felicidad es debida á nuestra propia miseria, que no pudiendo orar por sí sola, hace que el Espíritu Santo se digne orar dentro de nosotros.

Nuestras oraciones son perfumes, y los perfumes no pueden subir al cielo, si un calor penetrante no los torna en sutil vapor y los eleva por medio de su fuerza. Así que nuestras oraciones serian demasiado pesadas y terrestres, emanando de séres tan sensuales, si ese fuego divino, quiero decir, el Espíritu Santo, no las purificase y elevase. El Espíritu Santo es el sello de Dios que aplicado á nuestras oraciones, las hace agradables á su majestad; porque es indudable que no podemos orar sinó por nuestro Señor Jesucristo. Por otra parte, no es ménos cierto, que «no podemos nombrar á nuestro Señor Jesús, más que en el Espíritu Santo (I Cor. xii, 5);» y si no podemos nombrar á Jests, ménos podremos orar en su nombre: luego nuestras oraciones son nulas, si no nacen del Espíritu Santo.

Examinemos ahora qué Espíritu es este. Es el que ha sido llamado: «Dios de caridad (JOANN. iv, 8, et 16); es el que derramando su gracia sobre la tierra, nos une á Dios con nudo sagrado; es el que nos une á unos y á otros; el que, por medio de un impulso vivificante, nos hace hermanos y miembros del mismo cuerpo. Ahora bien: si este Espíritu es el que obra en nosotros la caridad, aquel que rompe la union fraternal y no ora en paz y en caridad, no pide por el Espíritu Santo. ¡Oh tú! que emponzoñas con enemistades irreconciliables; ¿no tienes nada que rogar á Dios? Y si quieres acudir á él,

¿por qué no lo haces según el espíritu del cristianismo? ¿Por ventura no sabes, que el espíritu del cristianismo es el Espíritu Santo? ¿Ignoras también, acaso, que el Espíritu Santo no obra más que por caridad? que si desprecias la caridad, es como si no quisieras orar por el Espíritu Santo? Y si no quieres rogar auxiliado del Espíritu Santo, ¿en nombre de quién lo harás? ¿con qué autoridad te presentarás á la Majestad divina? ¿Tal vez por tus propios méritos? Pero tus propios méritos son la condenación y el infierno. ¿Acaso elegirías algún patrono, que por su propio crédito te facilite el acceso al reino de la gloria? ¿No sabes que «solo puedes acercarte al trono de la misericordia por nuestro Señor Jesucristo (Heb. iv, 16), y que no te es permitido nombrar á Jesús, sino el Espíritu Santo (I Cor. xu, 5)?» El que piense invocar á Dios en otro nombre que el de nuestro Señor Jesucristo, hallará su condenación en su oración misma. El Padre no escucha las oraciones que no han sido dictadas por el Hijo; porque el Padre conoce los sentimientos y las palabras de su Hijo, y no puede dar oídos á lo que la presunción del espíritu humano ha inventado, sino únicamente á lo que la sabiduría de su Cristo le expone.

Oremos, pues, en caridad, hermanos míos, puesto que oramos por el Espíritu Santo; oremos con nuestros hermanos, oremos por nuestros hermanos; y aunque ellos quieran romper con nosotros, guardémosles siempre un amor fraternal por la gracia del Espíritu Santo. Reflexionemos que nuestro Señor Jesús no nos ha enseñado, por decirlo así, á orar en particular, sino á orar en general y por todos. «Padre nuestro, que estás en los cielos,» decimos, oración que no puede ménos de hacerse en nombre de muchos: cuando oramos de esta suerte, debemos creer que toda la sociedad de nuestros hermanos ora con nosotros, de lo cual se glorian los primeros fieles. Nos presentamos á Dios, decía Tertuliano, en tropa y reunidos: «esta fuerza, esta violencia, este compromiso en que le ponemos, le es agradable: *Hoc vis Deo grata est* (Apoloc. n. 59).» Ved, oh fieles, como las oraciones de los hermanos, es decir, las oraciones de la caridad y la unidad obligan á Dios á acceder á nuestras peticiones. Oid lo que dicen los Hechos de los Apóstoles: «Todos juntos elevaron su voz á Dios (Act. iv, 24).» Y ¿cuál fué el resultado de esta oración? «El lugar en donde se hallaban reunidos tembló, y fueron llenos del Espíritu Santo (Act. iv, 31).» Mirad aquí á Dios cediendo á la súplica de los fieles; al verlos orar juntamente, se ve como obligado á dar una muestra visible de que aquella plegaria le es agradable. A veces nos quejamos de que nuestras oraciones no son oídas; unámonos, cristianos, unámonos todos y oremos juntos; no dudeis que en-

tónces lo serán, y que Dios se verá obligado á ceder á lo que le pidiémos.

Pero, cuando hablo de orar juntos, pensemos que lo que nos reúne no es precisamente nuestra permanencia dentro de las paredes del mismo templo, ni tampoco el tener fijos nuestros ojos en el mismo altar. No, no; tenemos vínculos más estrechos: la caridad es quien nos asocia. Cristianos, si abrigáis algún odio en vuestra alma, considerad á quien aborrecéis: ¿quereis orar con él? si no quereis, no podeis orar como fieles; porque orar como fieles es orar por el Espíritu Santo: y como este es el mismo Espíritu que está en nosotros, como él es quien reúne, es indispensable que oremos en sociedad. Si quereis orar con él, ¿cómo le aborrecéis? ¿No hemos demostrado ya claramente, que la caridad es quien nos asocia? Sin ella, no hay concordia, no es posible. Solo por caridad podeis orar con vuestros hermanos; si los aborrecéis ¿cómo habeis de orar en caridad con ellos? Acaso me responderéis, que vuestro odio está limitado á uno solo, y que amais cordialmente á los otros. Pero debeis considerar que la caridad no exceptúa á nadie, como que dimana del Espíritu Santo, que se complace en inspirar á todos los fieles: del mismo modo ésta se comunica con profusión á todos ellos. Aun cuando no haya más que un eslabon roto, la cadena queda enteramente desunida é interrumpida la comunicacion. Vivamos, pues, en caridad con todos, á fin de orar con todos en caridad; creamos que esta caridad es la causa que obliga á Dios á concedernos sus gracias, y que sin ella, no es posible que nos acerquemos á su trono.

Pero no basta que roguemos con nuestros hermanos; necesario es que oremos por ellos. La oracion dominical nos ofrece la fórmula, en la cual no rogamus por nosotros únicamente, sino en general por las necesidades de todos los fieles. En vano rogaremos con ellos, si no rogamus también por ellos. Porque así como no podemos excluir á nadie de nuestra caridad, así también no nos es licito excluir á nadie de nuestras oraciones. Hé aquí porque el apóstol S. Pablo, en su primera epístola á Timoteo, recomienda que «se hagan á Dios súplicas y oraciones, que se le dirijan peticiones y acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los superiores en dignidad: *Pro regibus et omnibus qui in sublimitate sunt*;» por todas las clases y todos los estados; «porque, añade, esto es bueno y agradable á Dios nuestro Salvador: *Hoc enim bonum est, et acceptum coram Salvatore nostro Deo* (I Tim. ii, 2, 5).» Pues si Dios admite tan bondadosamente á todos los hombres en la participacion de sus gracias, si tan amablemente acoge á todos los que á él

se presentan, ¡ cuán grande temeridad no será arrojar de la comunión de nuestras oraciones á aquellos á quienes Dios se digna hacer entrar en posesion de sus bienes! No hay insolencia semejante á la de un dependiente que se mete á poner límites á la liberalidad de su señor: ¿ cómo podéis observar lo mismo que pedís á Dios todos los dias, á saber, que « se haga su santa voluntad? » Porque, puesto que su voluntad es hacer bien á todos los hombres, si rogais que se cumpla, torzosamente habeis de querer que todos los hombres sean partícipes de sus dones. Así, pues, es absolutamente necesario que roguemos á Dios por todos, y particularmente por aquellos que están reunidos en la Iglesia, con los cuales quiere el Hijo de Dios que comprendais á todos vuestros enemigos y á aquellos que os persiguen; *Orate pro persequentibus vos* (I Tim. v. 44). Si vosotros rogais por ellos, ellos no pueden ser enemigos vuestros; y si son vuestros enemigos, no es posible que vosotros roguéis por ellos como es necesario.

Es tan imposible que oréis por aquellos á quienes aborreceis, como lo es el que ameis y deseéis sinceramente bien á aquellos á quienes quereis mal. ¡ Oh, Dios eterno! ¡ qué indignidad! rogais por los judíos, por los idólatras, por los pecadores más endurecidos y por los enemigos más declarados de Dios, ¡ y no quereis rogar por los vuestros! No me digais que orais por todos: porque, puesto que la caridad es solamente la que ruega, no es posible que roguéis por aquellos á quienes odiais. Vuestra intencion desmiente vuestras palabras; y aún cuando la boca los nombra, el corazón los excluye: ó, si es que orais por ellos, decidme, ¿ qué bienes son los que les deseais? ¿ les deseais acaso el soberano bien, que es Dios? Si no lo haceis así, vuestro aborrecimiento es ciertamente muy cruel y espantoso; porque, no satisfecho con no perdonar, quiere prohibir á Dios que perdone. Y si les deseais la felicidad eterna, ¿ no veis que sois harto ciegos en envidiarles bienes pasajeros y falaces, deseándoles bienes sólidos y permanentes?

2. La causa de las enemistades entre nosotros es la division de bienes, cuya posesion ambicionamos; parece que lo que adquieren los demás es robado á nuestro tesoro. Los bienes eternos se comunican sin division alguna; no producen quejas ni envidia; no admiten enemistades, á causa de que son suficientes para satisfacer á cuantos tienen la fé de esperarlos. Este, hermanos míos, este es el verdadero remedio contra las enemistades y el odio. ¿ Qué mal pueden hacerme, miéntaras yo no deseé más que los bienes divinos? ¿ Quién podrá arrebatarme nada? Vosotros me quitais mis bienes temporales, pero yo los desprecio; mis esperanzas son más altas: yo sé bien que ellos no

tienen de bienes más que el nombre, con que los distingue el error de los mortales, y no aspiro á otros bienes que los sólidos. Luego, si solo podéis arrebatarme lo que yo desprecio, claro es que no recibo ofensa alguna de vosotros: me manifestais una mala voluntad, pero inútil; ¿ pensais que eso me ofende? No, no: fiado en la bondad de Dios, soy infinitamente superior á vuestra cólera y envidia, y por poco conocimiento que tenga, no puedo ménos de reflexionar que una mala voluntad sin efecto, es más digna de compasion que de odio. Ya veis, hermanos míos, como las averSIONES que concebimos no disminuan más que de la loca estimacion que hacemos de los bienes corruptibles; y que todas nuestras disensiones estarian terminadas para siempre, si los mirásemos como merecen. Pero acaso me alejo de mi asunto demasiado: volvamos á nuestro presente, y demostremos, que aquel á quien se le ofrecemos, no puede recibirle más que de las almas reconciliadas.

Permitidme, oh fieles, que hable delante de vosotros á ese enemigo irreconciliable, que viene á ofrecer á Dios oraciones que nacen de un alma envenenada por un cruel deseo de venganza. ¿ Has vivido tan inocentemente que no hayas tenido jamás necesidad de pedir á Dios el perdón de tus pecados? ¿ Tan seguro estás de tí mismo, que puedas decir que ya no tienes necesidad de misericordia? Si reconoces que has recibido de Dios tan señaladas gracias, grande es tu ingratitud al negar una tan leve, que él tiene la bondad de pedirte para tu hermano que te ha ofendido; si todavía esperas de él mercedes, extraña locura es la tuya al oponerte á lo que te propone en favor de tus semejantes. Tú, que no quieres perdonar, ¿ no ves que con esa negativa pronuncias tu sentencia? Si crees que es justo perdonar, te condenas á tí propio, diciendo lo que no haces; y si no es razonable que se te obligue á perdonar á tu hermano, ¿ cuánto ménos razonable será que Dios perdone á su enemigo? Así, digas lo que quieras, tus palabras recaerán sobre tí, y tus propias razones serán tu sentencia. Pondera cuanto quieras la malicia ó ingratitud de tus enemigos; ¡ ay! ¿ qué será de tí si Dios juzga tus acciones con el mismo rigor! Antes de entrar en un exámen tan severo, hermano mio, amansa tu ira, á fin de que Dios refrene la suya. « Porque te aguarda un juicio sin misericordia si no usas de misericordia (JAC. II, 15). » Pero, habrá para tí gracia y misericordia sin mezcla alguna de rigor, si perdonas sin vacilar. Perdonad, y perdonaré (MATT. VI, 14). ¿ Quién de nosotros no querrá comprar el perdón de sus pecados, por el olvido de algunas leves ofensas, que solo á causa de nuestra ignorancia y la ciega temeridad de nuestras inconsideradas pasiones pueden parecernos grandes?

Admírense, hermanos míos, la bondad inefable de Dios, que tanto ama la misericordia; que no contento con perdonar con tanta liberalidad tantos pecados como contra él se cometen, quiere obligar á perdonar á todos los hombres, sirviéndose para este fin del más hermoso artificio que podía haberse inventado. A veces, cuando deseamos obtener una gracia considerable de nuestros amigos, esperamos á que ellos mismos vengan á pedirnos alguna cosa: hé aquí lo que hace ese buen Padre, que ante todo desea que la paz reine entre sus hijos. ¡Ah! dice, se los ha ofendido; yo quiero que perdonen. Bien sé que esto se les resistirá; pero ellos están necesitando de mí todos los días; pronto será preciso que vengan á pedirme el perdón de sus faltas; esperaré. Perdonad, les diré, si quereis que yo os perdone; seré misericordioso, si tenéis misericordia. ¡Oh bondad suma de Dios, que le haces convertir en negociador de nuestra mútua reconciliación! ¡Y cuán dignos son de compasión aquellos que rehusan tan justas condiciones!

¡Oh Dios! me estremezco, hermanos míos, cuando contemplo á esos falsos cristianos que no quieren perdonar; ellos mismos se están condenando todos los días, cuando dicen en la oración dominical: «Perdona como nosotros perdonamos.» ¡Miserable! tú no perdonas; ¿no es eso lo mismo que si dijese: Señor, no me perdones, así como yo no quiero perdonar? De este modo esa santa oración, en la cual estriba la bendición de los fieles, se convierte en maldición y anatema. Nuestro altar es un altar de paz; el sacrificio que celebramos es la pasión de Jesús. Él murió para que los enemigos se reconcilien; él no pidió á su Padre que le vengase de los suyos; pidióle, por el contrario, que los perdonase. Esa sangre fué derramada para pacificar el cielo y la tierra, no solo á los hombres con Dios, sino á los hombres entre sí y con todas las criaturas. El pecado habia encendido la guerra entre los hombres; Jesús, para darles la paz, derramó su purísima sangre. Amémonos pues unos á otros; perdonémosnos las ofensas; roguemos por los mismos que nos desean algún mal; de este modo nos serán perdonados nuestros pecados y alcanzaremos la felicidad eterna, que á todos os deseo.

DIVISIONES.

RECONCILIACION.—No hay cosa más rara que una verdadera reconciliación.

No hay cosa más necesaria.

No hay cosa más cristiana.

RECONCILIACION.—Debe hacernos olvidar todas nuestras diferencias como si jamás hubiesen existido.

Debe hacernos diligentes en todos los buenos oficios que estén á nuestro alcance.

RECONCILIACION.—Es sumamente difícil cuando el interés es el que nos divide.

Es absolutamente inútil cuando es violenta.

Es frecuentemente violenta cuando se aplaza para la hora de la muerte.

RECONCILIACION.—Es necesario que sea humilde con nuestros superiores.

Es necesario que sea generosa con nuestros inferiores.

Es necesario que sea sincera con toda clase de personas.

RECONCILIACION; véase: AMOR A LOS ENEMIGOS y PERDON DE LAS INJURIAS.

RECONOCIMIENTO; véase: AGRADECIMIENTO.

RECREO; véase: DIVERSIONES.

REINCIDENCIA EN EL PECADO.

I.

Erat autem quidam homo ibi triginta et octo annos habens in infirmitate sua. Allí estaba un hombre, que treinta y ocho años hacia que se hallaba enfermo.

(JOANN. V, 5.)

De cualquier modo que se mire el pecador, es un objeto de lástima y una imágen horrorosa á los ojos del Señor. El hombre, en estado de gracia y de santidad, es un espejo claro en que se dejan ver los

rasgos de las perfecciones divinas, y no se hallará pincel tan delicado que nos pueda dibujar perfectamente su excelente retrato. Prevenido de dilturas, lleno de bendiciones, colmado de dones celestiales, es con propiedad el huerto cerrado de los Cantares, á donde no llegan los vientos de la vanidad, ni los aires infectos y corrompidos del siglo, y el paraíso de las delicias que un querubín con espada en mano ha tomado á su custodia, para negar la entrada á cualquier afección terrena que quiera penetrar allí; es la morada del Espíritu Santo, en dónde este espíritu de amor descansa como en su trono; y en fin, una alma adornada con la estola ó vestidura nupcial de la gracia es una esposa amable, que se une al Cordero con fuertes lazos de casto amor, y con quien la sabiduría encarnada ha protestado mil veces que tiene sus delicias y complacencias. Pero lo mismo es hacerse prevaricador, lo mismo es perder la rectitud del espíritu, lo mismo es dejarse arrastrar del vil consentimiento al pecado, que perder al punto todos los bienes con que estaba enriquecida, toda la belleza que la hermoseaba, toda la luz que la esclarecía, y quedar reducida á una constitución funesta y á un estado de miseria. A las riquezas sucede una pobreza extremada, á la hermosura una fealdad horrorosa, á las luces unas profundas tinieblas, y la que era tan amable á los ojos del esposo celestial, perdió el favor y la gracia: adúltera y prostituta, llevada de otros amores indignos, no merece ya las atentas y dulces miradas del esposo, sino que la abandona con desprecio, la arroja de casa como una despreciada Agar, y en esta separación ó divorcio espiritualmente entendido consiste su infelicidad y su desdicha. ¡Ojalá que el hombre conociese los grandes males en que se precipita por seguir unos bienes frívolos, y las calamidades y desventuras á que le empeña el pecado! Pero esta es la fatal constitución del pecador que no conoce su miseria sobre sér tan miserable.

Tal es cualquiera pecador que cometió una culpa mortal. La Escritura santa, que no tiene pasaje que no sea para nuestra instrucción, nos representa al hombre caído en la culpa, ya bajo la parábola del Pródigo reducido á vivir con los más viles animales; ya bajo la figura del Ciego de nacimiento, para pintarnos el horror y profundidad de sus tinieblas; ya bajo la imagen del Espíritu sordo y mudo, que no escucha la voz de Dios ni sabe despegar sus labios para alabarle. Es una rama cortada de su tronco, un arroyo distante de su fuente, un hijo desheredado del rico patrimonio de su casa, y un miembro separado de su cuerpo que no exhala sino gusanos, hedor y podredumbre. Pues, hermanos míos, si cualquier infeliz que ha caído por fragilidad ó por miseria en un pecado mortal ha incurrido en tantas

desgracias; ¿qué podremos decir de aquel que, no solo ha cometido una culpa, sino que ha multiplicado sus delitos sobre las arenas del mar, añadiendo maldades sobre maldades, unos pecados sobre otros, y está poseído de un hábito de vicio y execración con una costumbre inveterada que le tiene atado de pies y manos? ¿A quien compararemos este infeliz? Yo no hallo imagen tan propia como el Paralítico de la piscina que refiere san Juan. Treinta y ocho años contaba este miserable en su enfermedad sin haberse jamás lavado con las aguas de la fuente saludable: postrado en su carretón, destituido de medios, cansado de padecer, jamás hubiese logrado la salud aunque el ángel diese movimiento á las aguas, si el Salvador no le hubiera mirado con ojos de compasión y piedad. Este enfermo envejecido en su dolencia es el más vivo retrato del pecador de costumbre, que os voy á pintar en este rato para que conozcáis todo su horror. No es posible en breve tiempo manifestar los fatales efectos del hábito vicioso, y por lo mismo reduzo una materia tan vasta á un punto capital. A un hombre acostumbrado por repetición de actos á cometer culpas de la misma especie, es menester que Dios le llame con una gracia especial para que deje la pasión. Los pecadores de reincidencia podrán conocer por aquí el peligro en que se hallan; y los que no lo son, el que los amenaza; y á los unos y á los otros podrá aprovechar mi doctrina si Dios le da aquella unción y aquel espíritu que yo deseo para reforma de las costumbres. A. M.

4. Así como en la virtud hay ciertos escalones ó gradas que se han de subir infaliblemente para llegar á la cumbre de la perfección, hay también en el pecado un movimiento y un progreso de desorden que guía al total abandono de la ley, y va por sus pasos contados caminando al complemento y al lleno de la maldad. Ni el justo es perfecto por un acto de justicia, ni el pecador es vicioso por una operación desreglada: el justo multiplica las obras buenas por ser virtuoso, y el pecador para ser vicioso ha de caer repetidas veces en un mismo pecado. ¿Qué suerte más feliz que la del justo, que á fuerza de victorias superó la tiranía de la pasión y se hizo superior á sí mismo? ¿Qué suerte más deplorable que la del pecador, que á fuerza de caídas se rindió finalmente á la pasión que le domina, y se hizo esclavo de un vicio vergonzoso? Porque por más que la naturaleza corrompida en Adán haya transmitido á todos sus descendientes una raíz de iniquidad que nos inclina al pecado y al desorden; por más que nuestras pasiones sean como una carga pesada que nos oprime infelizmente y nos arrastra á la culpa; no dejamos de sentir en la primera caída

grandes remordimientos, suma vergüenza de nuestra flaqueza y una fuerte indignación contra nosotros mismos, al ver que hemos perdido tan vilmente la gracia y hemos dado en tierra con la justicia. Todas estas inquietudes, estas agitaciones, estas zozobras que son frutos del pecado, son también contravenenos contra el pecado mismo, motivos para aborrecerle y como espuelas para levantarnos; porque aún quedan reliquias de la inocencia pasada, y se apetece con ansia un estado en que se experimentaron la tranquilidad, la bonanza y la paz. Los sentimientos de una alma que se deslizó en una ofensa contra Dios, son tan crueles, que ella misma no se puede sufrir, y no es menester más para salir de la miseria en que está, que reflexionar los interiores combates que la afligen y los torcedores ocultos que la despedazan.

Però sucede, que cae segunda y tercera vez en el mismo delito; ya pierde mucho de su horror el pecado, y si causa confusion, es mucho ménos que ántes: siguen las recaídas con frecuencia, se repiten las culpas en la misma especie, se engendra facilidad en pecar, se familiariza con el pecado, pasa éste á ser costumbre viciosa, y ved aquí la más funesta situación de un pecador. ¿Qué queda en este hombre que nos dé esperanzas de su conversión? Porque si bien el primer pecado que priva de la gracia le deja sin vida y sin movimiento á los ojos de Dios, con todo eso, aún se puede decir que le queda alguna semilla de vitalidad espiritual, algunas impresiones del Espíritu Santo y alguna facilidad para recobrar la gracia perdida. Aún no está apagada del todo la fé, aún no están borradas del todo las disposiciones para la virtud, ni está del todo obstinado en orden á las eternas verdades. Se puede decir que es un cadáver que há poco tiempo que espiró y conserva todavía no sé que señales de calor, que parece nacen de algunas reliquias de vida; però, á proporcion que el alma persevera muerta y permanece en la culpa, se altera patentemente la organizacion, se corrompe del todo y no exhala sino hedor y fetidez. En este infeliz estado se padece un total embotamiento en los sentidos: no hay gusto para las cosas del espíritu, está cebado en los placeres de la carne; los ojos no se levantan al cielo, están fijos é inclinados en la tierra, y los oídos cerrados á las saludables amonestaciones y á las inspiraciones divinas; no hay piés para caminar las sendas de la piedad y virtud, ni manos para las obras buenas, ni boca para recibir con fruto el cuerpo de Jesucristo: el corazón está sin movimiento, el alma sin vida, el espíritu enflaquecido, el entendimiento torpe, la voluntad dura, las fuerzas débiles, y tan débiles que apenas quedan algunas.

¿Qué resta en este hombre que nos dé esperanzas de conversión?

Este es un paralítico tan postrado, que un ángel bajado del cielo no es bastante para curarle. Por más que los ministros del santuario trabajen, se esfuercen, den gritos y clamen con la trompeta de Joel, á todo se hace el sordo, todo es en vano: el objeto del vicio se lleva la atención y es el ídolo del alma. Por más que los juicios de Dios se pinten con los más vivos colores, no hacen impresion alguna; se apartan los ojos del cuadro que contrasta, y se inclinan al lienzo que deleita. La profundidad de los abismos infernales, que son la herencia de los pecadores habituales é incorregibles, suele morder y herir algún tanto en el amor propio; però se echa desde luego un velo á estos pensamientos melancólicos; y apretado el hombre por la fé, ó por decirlo mejor, endurecido por la culpa, más quiere caer en una eterna desdicha que privarse de la pasión que le domina. El reino de los cielos que se nos promete en la celestial Jerusalem, en donde los escogidos han de celebrar sus bodas con el Cordero, se mira como un reino imaginario y fantástico, y se elige de buena gana un paraíso sensual en que se satisfagan los apetitos más fútiles, aunque se pierda aquel riquísimo mayorazgo, que hará felices á los que le posean. Nada mueve el corazón sino el deleite presente: ni lo más dulce de las promesas, ni lo más amargo de las amenazas le hace mudar el sistema de su horror; y habituado al vicio y al desorden, es un diamante que no cede á los golpes del martillo. Cuando el sol se retira de nuestro hemisferio, aún quedan en el aire ciertas ráfagas de luz que forman como un día imperfecto, y según se va retirando, más se vá llegando la noche: del mismo modo, según vá el pecado degenerando en costumbre, se van retirando las influencias del Espíritu Santo, que es principio y raíz de toda luz, crecen y se aumentan las tinieblas en el espíritu, y llega por último una profunda noche y una absoluta ceguedad.

¿Qué queda en este hombre que nos dé esperanzas de conversión? Una naturaleza habituada al pecado, un corazón estragado por la culpa repetida ¿qué fruto ha de producir que sea digno de vida eterna? Aún teniendo el hombre la gracia de la justificación y el corazón dirigido hácia Dios, no deja de sentir mil estorbos para lo bueno: los objetos halagan, las ocasiones incitan, las conversaciones mueven, la concupiscencia interior que nunca se extingue ni se apaga, da también sus chispas y sus ardores: hay una guerra abierta entre la carne y el espíritu y un combate continuo entre el cuerpo y el alma; de modo, que nos vemos precisados á decir con el Apóstol, que no hacemos el bien que queremos, sino que el mismo mal que aborrecemos nos arrastra casi á despecho nuestro. Tal es el peso de corrup-

cion y este cuerpo de muerte que llevamos á cuestras. Los mismos justos y aún los mayores santos, no están libres de esta carga: mil repugnancias, mil contradicciones les detienen el vuelo de la virtud y la elevacion del espíritu; pues, si esto sucede en el leño verde, en el seco ¿qué será? Un corazon de carne que no tiene freno en sus deseos, que no sabe que cosa es mortificacion, dolor, ni penitencia; que jamás ha tenido ánimo de negarse á ninguno de sus apetitos por criminales é ignominiosos que hayan sido, ántes bien se ha derramado con libertad desbocada por las sendas de todos sus gustos, y ha venido á hacerse el pecado familiar y doméstico; este tal ¿tendrá mucha disposicion en su alma para salir del atolladero á que le ha empeñado su viciosa costumbre? ¡Ah! ¿Qué ha de tener? Lo que tiene son unas fuertes cadenas y unos recios cordeles con que le han aprisionado sus mismas iniquidades. Hecho esclavo de la pasion que le tiraniza, se halla atado de piés y manos, sin accion ni movimiento para lo bueno; atado por la costumbre, que ha venido á ser como invencible; atado por las pasiones, que cada dia se hacen más indomables; atado por los atractivos y dulzura del vicio, que se gusta con frecuencia; atado por una muchedumbre de delitos, que son como una pesada carga que le oprime; atado en el espíritu por los objetos criminales que le ocupan; atado en el corazon por las afecciones carnales de que está lleno; atado en los sentidos por una general sensualidad que los inficiona; atado en el cuerpo por la inclinacion que le arrastra al mal; y atado en el alma por el disgusto y el tédio que concibe para el bien.

Y si á alguno le parece que estas son más exageraciones que realidades, ponga la mano en su pecho, examine su interior, y verá como pasa á la letra cuanto acabo de decir, y que la pintura es natural y sencilla. Si estás dominado de alguna fuerte pasion y has caído en un pecado repetidas veces; es fuerza que confieses este progreso de maldad á que te ha arrastrado la costumbre. En los principios resistias á las tentaciones, concebias horror á la culpa, temias perder la gracia y amistad del Señor, temblabas de sus juicios, y tus primeras caidas te hacian derramar quizás muchas lágrimas de compuncion y dolor; pero te has engolfado en el vicio, te has ido familiarizando con el pecado, te has hecho esclavo de la costumbre, y te ves en un estado de lástima que á tí mismo te causa horror y confusion. Hoy propones la enmienda, y vuelves á lo mismo mañana; das palabras al confesor, y solo duran miéntras las das; dentro de pocos horas se quebrantan los propósitos y resoluciones; si te difieren la absolucion por algunos dias, te contienen tal vez como por fuerza; pero, en sacando

la cédula del sacerdote se acabó la vergüenza, vuelves al vómito y no haces más que multiplicar sacrilegios, engañar á Dios y á sus ministros, y arraigarte más en la costumbre maldita. En otro tiempo hacias alguna resistencia, y ese natural feliz, ayudado de la gracia, triunfaba de ordinario de los halagos del vicio; pero ahora tienes muy postradas las fuerzas, muy debilitado el ánimo, muy honda y profunda la herida y muy pujante la tiranía y despotismo de la pasion. Eres como un enfermo muy agravado, á quien la vehemencia de la fiebre ha puesto en estado de delirio. En las primeras accesiones de la calentura sentias los dolores de la enfermedad, los vahidos, y turbacion de la cabeza, la debilidad del estómago, la falta de las fuerzas y del calor, y conociendo su dolencia clamaba por la salud; pero caído en el letargo, nada siente, desprecia y arroja de sí los medicamentos y socorros del arte, es un tronco y un cadáver animado, que tal vez despierta de la modorra cuando despierta en la eternidad. Así es todo pecador de costumbre. Está como fuera de sí por la vehemencia de la pasion que es una fiebre maligna; un mortal sopor se ha apoderado del corazon causándole un funesto adormecimiento; y como quiera que los primeros deslices le ocasionasen agitacion y remordimiento de espíritu, y clamase por la salud de su alma; pero ya al presente se ha hecho insensible á los golpes más vivos, y cuando suele despertar de este letargo es cuando se ve delante del supremo juez que le ha de sentenciar segun sus obras.

2. ¿Qué estado puede haber más funesto para una alma? ¿Y qué dice este hombre de lo peligroso de su estado? ¡Ah! hermanos, nada piensa, duerme sobre su desgracia. Os parecerá otro Jonás, que en medio del peligro de ser sumergido en las olas no quiere ver el riesgo que le amenaza, y para quitarse el conocimiento se entrega al más pesado sueño: *Dormiebat sopore gravi*. No es porque Dios no le hable al corazon, que por su gran misericordia siempre le está dando luces, sino porque él cierra voluntariamente los ojos á la claridad y resplandor del rayo soberano, semejante á la lechuza que á la luz del mediodia padece mayores tinieblas; porque la debilidad de sus ojos no pueden sufrir la viveza é iluminacion del sol; ¡Ah Dios mio! Detened, detened vuestro brazo vengador; ántes la muerte más cruel que una ofensa reiterada; añadid penas á penas, tribulaciones sobre tribulaciones; pero no permitais que añadamos nosotros pecados á pecados. Estos sentimientos deben ser los de todo cristiano; y son éstos los vuestros, amados míos? ¡Ah! Léjos de mirar el vicio como la mayor plaga de la cólera del cielo, os le habeis hecho doméstico y familiar como la cosa más amable á vuestro corazon, y de aquí

nace la repugnancia en dejarle; porque según la máxima del Espíritu Santo, el etíope podrá mudar sus colores y el leopardo sus variedades, pero no podrán hacer bien los habituados á obrar mal. Tan árdua es la mejora de vida en los pecadores reincidentes y viciosos. No digo yo que sea absolutamente imposible su conversión; pero sí me afirmo en que es necesaria una especial gracia de Dios, una gracia triunfadora que venza las grandes dificultades que hay en tales penitencias; es necesaria una luz clarísima del verdadero sol, que ilumine y esclarezca los senos oscuros, las profundas tinieblas del alma; es necesario un fuego celestial vivo y penetrante, que deshaga el yelo y la dureza de estas voluntades empedernidas. Si el pecador de que hablo no fuera más que un copo de nieve, cualquier calorillo fuera bastante para derretirle; y mas como tiene la dureza del cristal, ¡cuán difícil es ablandarle!

Apelo á la experiencia diaria que no nos deja dudar de una verdad, funesta, sí, pero constante. Si corremos estados y condiciones, hallaremos implicados á muchos en mil pecados de diversas especies, que si empezaron á cometerlos algunos años há, léjos de haberse corregido, no han hecho más que añadir eslabones á la cadena de la costumbre, y engolfarse cada día más en las olas de la pasión, durmiendo sin embargo muy descuidados sobre el peligro: *Dormiebat sopore gravi*. El primer lugar le ocupan los lujuriosos, vicio el más ignominioso, pero el más frecuente de todos, de cuya infección está apestada la tierra: ¿á cuántos dominados de esta furia habeis visto convertirse de veras, ni dejar de corazón el cieno de este pecado? Empiezan tal vez desde niños á cejarse en la impureza: las compañías malas excitan la curiosidad; el ardor de la sangre aviva el apetito; las conversaciones libres rompen los diques al pudor y á la vergüenza; la juventud es fuego que todo lo abrasa, en todo pica y en todo halla sabor; se pasan algunos años en deshonestidad, y cuando se piensa en dejarla, porque al fin la conciencia punza, el infierno amenaza y el sepulcro se acerca, entónces entran los embrazos, y la facilidad y costumbre en el pecado es el más fuerte de todos. Si se hacen algunos esfuerzos para levantarse, son lánguidos é inconstantes; luego se repite la culpa, á la primera tentación se da en tierra con el propósito, y toda la vida no es más que un tejido de caídas y confesiones, de confesiones y caídas, y al fin se duerme sobre el peligro: *Dormiebat sopore gravi*. Con la impureza secreta de cada uno tiene estrechísimo parentesco la que dice complicidad con tercera persona y reina en las amistades que llamamos de galantes; aquellas correspondencias estrechas que vemos conservarse largos tiem-

pos con escándalo de cuantos lo saben y con menoscabo de la propia conciencia. ¡Cuántas resoluciones habeis hecho de separarte de aquella persona que es la ruina de tu alma, y todas han sido inútiles! La frecuencia de las visitas, la intimidad del trato, la lizeza, el cariño y el regalo son fuertes baterías del corazón humano, le ablandan poderosamente como se ablanda la cera próxima del fuego; y así como un río caudaloso no puede detener la corriente ni variar fácilmente el curso de sus aguas, así también el amor arrebatado que se engendra del comercio y la costumbre, no deja la prosecución del objeto, desprecia avisos, inspiraciones y golpes y se duerme sobre el peligro: *Dormiebat sopore gravi*.

Lo mismo pasa con los demás pecados de costumbre. Los jugadores de profesion ¡cuán tiranizados se ven de este enemigo del juego! Los vereis atropellarlo todo, faltar á las principales y más sagradas obligaciones, acabar la hacienda, vivir de tranpas y enredos: el labrador abandona sus campos, el artesano sus faenas, el estudiante sus libros, y se sigue un horroroso trastorno en la sociedad por causas del juego que induce gravísimos daños. Estos inconvenientes no se ignoran; pero se echan á la espalda y se sigue con el sistema empedado durmiendo sobre el peligro: *Dormiebat sopore gravi*. Los glotonos y golosos caen en iguales atoladeros: como no tienen más Dios que su vientre, á éste sirven con ardor; no se contentan con lo necesario; la gala está en las superfluidades y destemplanzas: no se los oye hablar sino de espléndidos banquetes y comilonas: un ayuno para ellos es el suplicio más cruel. ¿Qué mortificación, qué cruz ni qué penitencia puede haber en estos hombres? Y si dan en embriagueces y borracheras, como regularmente dan, ¿quién les curará esta enfermedad hedionda? La vejez que suele ser la edad de los desengaños, no resiste á los excesos del vino; ántes vemos con dolor este vicio más arraigado en las canas de la edad, con mengua del respeto debido á los años. Estos, sí, que podemos decir que duermen sobre el peligro: *Dormiebat sopore gravi*. Los murmuradores y maldicientes no se quedan atrás en los furios del vicio y de la costumbre: lenguas de viboras, veneno de áspides insanable: acostumbrados á la crítica y censura más rígida y más injusta, no hay acción en el prójimo que no calumnien: diestros en despedazar la fama y el honor desus hermanos, no perdonan á doncella ni á casada, á súbdito ni á prelado, á seglar ni á eclesiástico, á lego ni á sacerdote, cuya conducta no manchen con la negra tinta de sus torcidas interpretaciones y satíricos discursos. Si se confiesan, no harán de esto el menor escrúpulo, porque la misma relajación los hace dormir tranqui-

los: *Dormiebat sopore gravi.* ¿Qué diré de la avaricia, de aquella sed insaciable de amontonar, gigante entre las pasiones? Tampoco se deja con el tiempo; ántes el tiempo la fortalece, y hay infinitos ricos semejantes al del Evangelio, que de buena gana eligen caminar al infierno ántes que dar un jarro de agua ni un pedazo de pan á tantos Lázarus mendigos como llegan á sus puertas. Si la hacienda la han juntado con fraudes, con usuras, é injusticias, no hay por eso valor para obligarlos á restituir ni á desprenderse de lo que no es suyo: están ya con el alma en los labios y con el corazón en los tesoros. ¡Infelices! ¡Y qué pasión tan tirana! Los confesores más celosos nada adelantan con tales hombres; han tenido el dinero por ídolo toda la vida y le tienen también en la muerte durmiendo sobre el peligro: *Dormiebat sopore gravi.* En una palabra ya ha llegado el pecado á habituarse en el alma y estar de asiento en el corazón; ya no hay fuerzas para destronarle. Es un tirano despótico y violento que todo lo avasalla, y solo una gracia poderosísima es capaz de sujetarle. El hombre lascivo en la juventud también lo es en la vejez; la mujer vana en la primavera de sus días floridos del mismo modo sigue en el invierno de su deshojada ancianidad; el iracundo y furioso llevará siempre consigo el furor y la iracundia; y si es cierto que se muere como se vive, ¿cuál será la muerte de los que han vivido esclavos de sus pasiones, sinó una muerte infeliz y un término desgraciado? Veán ahora los pecadores de reincidencia y de costumbre envejecida el peligro en que se hallan; y pues que no les queda otro recurso que pedir á Dios su auxilio poderoso para vencerse á sí mismos y salir de tan lastimoso estado, deben clamar continuamente al Señor y decirle de todas veras: ¡Oh Dios mio, padre de las misericordias! en vuestra mano teneis los corazones de los hombres: poco importa que yo me halle lleno de lepra, de culpas y de pecados; á vuestra voluntad omnipotente nada se resiste: obrad pues en mi alma una mudanza tan nueva que pueda decirse que es mudanza propia de la diestra del Excelso. De mi parte os prometo seguir vuestras inspiraciones, dar de mano á mi mala vida, dedicarme á vuestro servicio, aprovecharme de vuestra gracia, que es el único medio para veros y gozaros en la eternidad de la gloria.

REINCIDENCIA EN EL PECADO.

II.

Et fuit novissima hominis illius peiora prioribus.

Y el postrer estado de aquel hombre viene á ser más lastimoso que el primero.

(MATH. XII, 45.)

¡Qué terrible pintura de la recaída nos presenta el Evangelio, hermanos míos! de aquel pecado tan comun, que ya no asusta las conciencias, y con el que ya está familiarizado casi todo el mundo, pues parece se ha hecho el comun estado de los cristianos! No podemos idear cosa más horrible que la suerte de un hombre poseído del demonio, entregado al furor y á la discrecion de este enemigo del género humano, aunque propiamente hablando, no es más que el infeliz instrumento de su malicia y de su corrupción; pero si se ha de creer á nuestro divino Maestro, es mucho más deplorable el estado de una alma infiel, que despues de haber salido de sus primeros desórdenes, despues de haber gustado el don celestial, se deja arrastrar de nuevo á los caminos del pecado de donde habia salido, y se vuelve á su vómito. Esta alma no está poseída de un solo demonio, sinó que está entregada á otros siete demonios peores que el primero, que se apoderan de ella, y la miran como conquista suya; hacen de ella su morada, y se establecen allí para no volver á salir: *Et intrantes habitant ibi* (MATH. XI, 45).

Esta última circunstancia es la que nos debe hacer temblar, amados oyentes míos, y la que obliga á decir á nuestro divino Salvador, que el último estado de este hombre es peor que el primero: *Fuit novissima hominis illius peiora prioribus.* Porque nos dá á entender, que la recaída en el pecado es como una señal y un pronóstico de nuestra repobacion; y que muy rara vez nos volvemos á Dios, cuando despues de haberle dejado nos hemos vuelto otra vez á la criatura.

Y si me preguntais, ¿qué es lo que se halla en la recaída que sea